

Primer acto de una pasión

En 1798, Napoleón partió de Francia con un ejército y una pequeña tropa de artistas y eruditos rumbo a la conquista de Egipto. La campaña militar fue un fracaso, pero lo que allí se encontró y describió supuso el principio de una ciencia —la egiptología— y de la aún perdurable fascinación por la tierra de los faraones.

Por David Rull Ribó

Al contrario de lo que podría pensarse, Egipto era a finales del siglo XVIII un país casi desconocido para los europeos, y salvo algunas localidades del delta o del mismo El Cairo, la información de la que se disponía procedía de fuentes griegas y latinas, así como de los inexactos relatos de viajeros intrépidos que se habían aventurado Nilo arriba desde el siglo XVI.

Con menos de 30 años de edad, Napoleón ya había cosechado numerosas victorias en Europa. Como Inglaterra y su potente flota naval seguían siendo una clara amenaza para la Francia de la Revolución, el joven y ya prestigioso general ideó

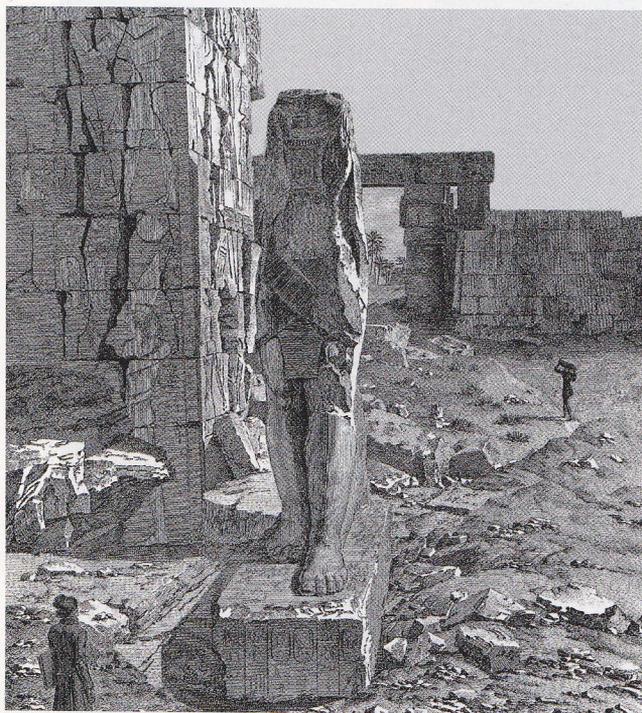
una campaña militar con el propósito de conquistar Egipto y debilitar el poder británico en el Mediterráneo oriental. Así también impediría a la potencia rival el contacto con sus colonias en Asia. La idea recibió la aprobación unánime de los miembros del Directorio, para quienes la presencia de Napoleón en París era un tanto molesta. De este modo, las tropas francesas zarparon de Toulon el 19 de mayo de 1798.

Pese a ser una expedición militar compuesta por cerca de 40.000 hombres, Napoleón llevó consigo una pequeña tropa de eruditos del Institut National. Tal vez, el motivo de llevar tal cantidad de sabios consigo fue emular las gestas de Alejandro Magno 2.000 años antes, cuando el Rey macedonio liberó Egipto del dominio persa y fundó la mítica ciudad de

Alejandría antes de seguir su periplo hacia el Indo. Quizá Napoleón, al igual que Alejandro, consideró su gesta militar como una misión civilizadora que exportaba los ideales de la Revolución más allá de Francia; de ahí esa extraña mezcla de guerreros e intelectuales. Sea como fuere, Bonaparte partió de Francia con algo más de 150 artistas, arquitectos, ingenieros, matemáticos, filólogos y otros especialistas repartidos en varios buques, que llegaron cerca de Alejandría un mes y medio después con la misión de documentar a fondo la geografía, los habitantes, las costumbres y los recursos naturales del país del Nilo.

El desembarco en la costa mediterránea egipcia no fue nada fácil; muchos soldados perecieron ahogados. Una vez en tierra, continuó el goteo de bajas, pues los militares no iban preparados ni para el terreno ni para el clima, hecho que se agravaba con los constantes sabotajes urdidos por los beduinos indígenas. Al cabo de tres días, no obstante, Alejandría se rindió sin apenas resistencia ante el numeroso dispositivo militar conducido por Napoleón.

Grabado de una estatua en las ruinas del Palacio de Tebas. Perteneció a la *Description de l'Égypte*, 20 volúmenes publicados entre 1809 y 1828.



D. R.

La euforia por la conquista de la que fue una de las ciudades más importantes en la Antigüedad dio paso a la decepción, ya que poco quedaba del asentamiento fundado por Alejandro, capital de Egipto durante el reinado de los Ptolomeos. Terremotos, incendios y una decadencia de varios siglos habían borrado casi por completo las huellas de su glorioso pasado. La Alejandría del Faro, una de las siete maravillas del mundo antiguo, y de la famosa Biblioteca, que fue el centro cultural más importante de su época, se había transformado en una urbe decadente y desordenada, donde apenas había vestigios visibles del perdido esplendor. Pese a todo, aquí empezaron a encontrarse y estudiarse los primeros restos arqueológicos: dos obeliscos, que hoy se encuentran en Londres y Nueva York, y la Columna de Pompeyo, actualmente en Alejandría, que pese a su nombre fue erigida en tiempos de Diocleciano (finales del siglo III después de Cristo) para conmemorar su visita a la ciudad.

Napoleón se dirigió después hacia el sur, en dirección a El Cairo, mientras algunos de sus generales afianzaban diversas posiciones estratégicas en el delta.

Durante la penosa marcha, que duró casi un mes, las

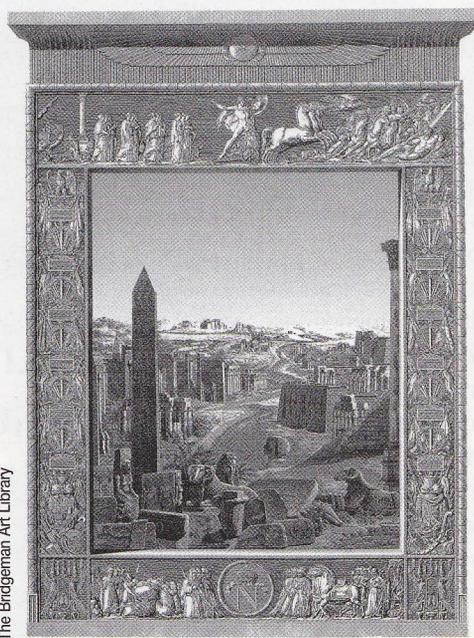
bajas se sucedieron en los casi constantes enfrentamientos con guerrillas de mamelucos, dirigidas por Murad Bey.

Otras causas de mortalidad entre las tropas francesas fueron la ausencia de agua y alimentos, así como las duras condiciones climáticas a las que soldados y sabios debieron enfrentarse. Muchos de ellos acabaron suicidándose, enloquecidos por la desesperación que les producía contemplar un fenómeno, desconocido hasta entonces, como los espejismos: al acercarse a unas aguas que creían haber visto, estas se desvanecían o alejaban.

El 21 de julio de 1798 tuvo lugar a pocos kilómetros de El Cairo el enfrentamiento directo entre las tropas de Murad Bey y el ejército de Napoleón. Después de una dura batalla, Bey huyó hacia el sur y la capital egipcia se entregó.

Sin lugar a dudas, la rendición de El Cairo fue un revulsivo para la minada moral de las tropas francesas. No obstante, el sabor de la gloria duró poco, ya que a principios de agosto, la flota inglesa, comandada por Nelson, sorprendió y aniquiló casi por completo los efectivos navales franceses. Esto impidió una hipotética marcha de Napoleón hacia Oriente, emulando la gesta de Alejandro 20 siglos antes. El sueño había llegado a su fin, pero ahora Bonaparte se encontraba atrapado en Egipto, acorralado por los ingleses al norte y las tropas de Bey al sur.

A pesar del importante revés que significaba para Napoleón el hundimiento de su flota, el 22 de agosto se creó en El Cairo el Institut d'Égypte, cuya dirección fue encargada al eminente matemático Gaspard Monge. Su finalidad era documentar, estudiar y difundir todo lo que se descubriera durante la campaña militar. Los ámbitos de investigación fueron casi tan diversos como el número de sabios que acompañaron a Bonaparte en su expedición, lo que reflejó, diez años más tarde, la publicación de la *Description de l'Égypte*. ▶

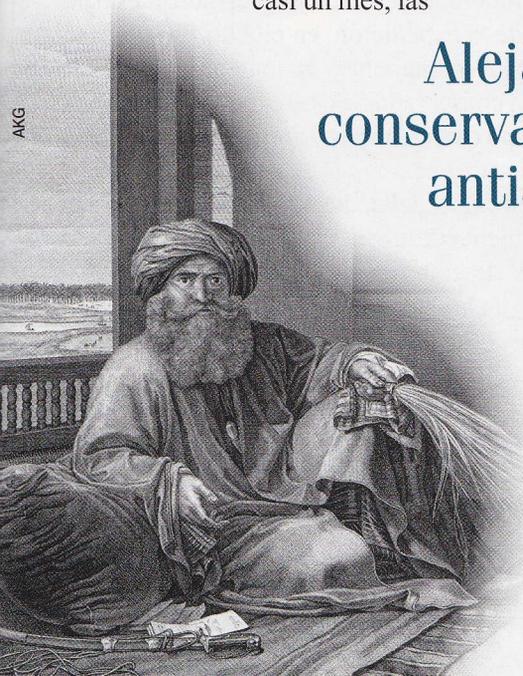


The Bridgeman Art Library

El frontispicio del volumen I de la *Description de l'Égypte* muestra una perspectiva imaginaria, desde Alejandría hasta Filas.

Alejandría apenas conservaba vestigios de su antiguo esplendor

Retrato de Murad Bey, uno de los últimos jefes mamelucos de Egipto. Fue vencido por Napoleón.



► Pese a las intenciones filantrópicas y científicas de parte del contingente galo, y pese a que algunos de los eruditos incluso llegaron a adoptar algunas costumbres de los egipcios, estos siguieron viendo la presencia extranjera como una molesta ocupación militar, y se resistieron a ella en distintas revueltas en los meses posteriores a la rendición de la ciudad. Tal clima de inseguridad, desconfianza y refriegas más o menos continuas duró hasta el mismo final de la ocupación francesa, en 1801.

De ahí que los sabios desempeñaran su trabajo en condiciones un tanto adversas, ya que debían desplazarse con las tropas y obedecer las órdenes de los mandos militares sin apenas posibilidades de moverse libremente por el país. Además, el bloqueo que ejercían los ingleses entre Francia y Egipto produjo tal escasez de suministros que llevó a los eruditos a fabricar sus propios lápices para realizar esbozos y dibujos. No obstante, esto no fue impedimento para que el grupo de sabios llevara a cabo de manera ejemplar la tarea de documentación y estudio que se les había encomendado.

Uno de los ejemplos más destacados de esa capacidad de trabajo y entusiasmo fue el de Vivant Denon. Pintor, dibujante, diplomático y hombre de letras, acompañó al general Desaix en una misión al Alto Egipto en busca de Murad Bey; en Dendera se encontró inesperadamente ante las impresionantes ruinas del templo de Hathor. Su fascinación al contemplar los vestigios, compartida por los soldados, desembocó en una actividad frenética: Dominique dibujó y dibujó sin parar hasta

El dibujante y escritor Vivant Denon, esbozando en su cuaderno las pirámides de Giza.



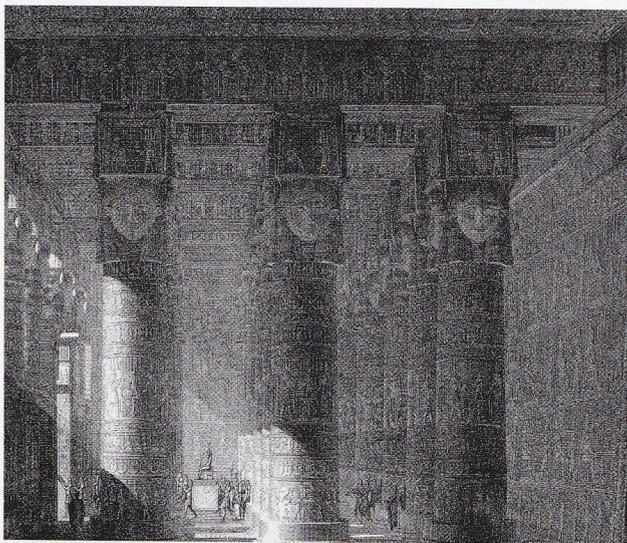
AKG

Los sabios realizaban su trabajo a las órdenes de los mandos militares

que anocheció. Después de Dendera siguieron los descubrimientos de la antigua Tebas, Esna, Kom Ombo y otros muchos yacimientos hasta llegar a Asuán, donde les esperaba el bello templo de Isis, en la isla de Filas.

Mientras que en el Bajo Egipto los hallazgos fueron, a excepción de las pirámides, escasos y decepcionantes para las expectativas de la expedición, en el Alto Egipto pasó todo lo contrario: los monumentos faraónicos parecían ser abundantes y bien conservados. Por ese motivo, Napoleón encargó a un equipo de ingenieros y arquitectos documentarlos de forma sistemática.

Al mismo tiempo, en el delta, unos soldados que estaban reforzando los cimientos de un fuerte en la localidad de Rashid (Rosetta), en la desembocadura del brazo occidental del Nilo, encontraron un bloque de basalto, en cuya superficie se encontraban inscritos tres registros de escritura distintos: jeroglífico (arriba), demótico (centro) y griego (abajo). Enseguida se dieron cuenta de la importancia del hallazgo y lo comunicaron a sus superiores, quienes a su vez lo remitieron a los estudiosos de la expedición militar. Era la piedra de Rosetta, que llegaría a ser el documento fundamental para ►

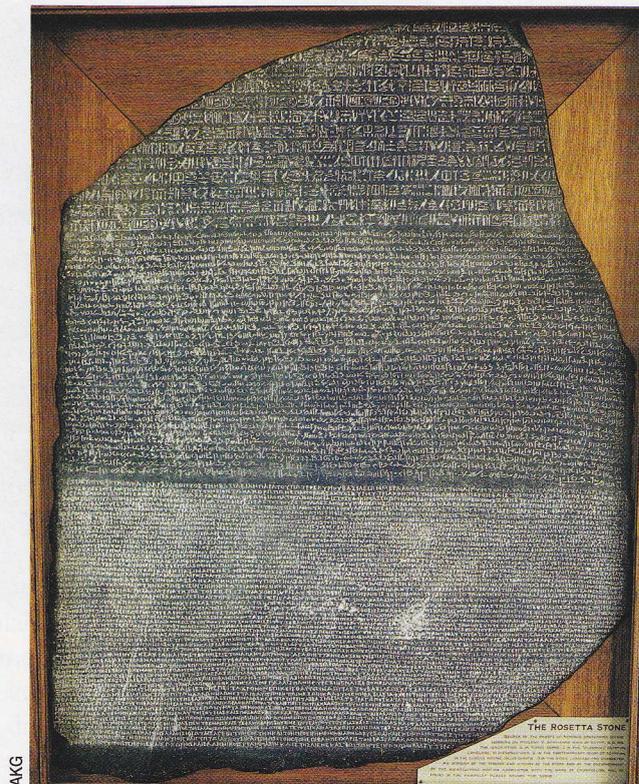


D.R.

Grabado de la sala hipóstila exterior del templo de Hathor, en Dendera. Sus 18 columnas se elevan a quince metros de altura.

Enseguida se vio la importancia de la piedra de Rosetta

► descifrar la escritura egipcia. Al traducir el texto griego, comprobaron que se trataba de un decreto de Ptolomeo V, promulgado en Menfis el año nueve de su reinado (196 antes de Cristo). Y aunque no sabían leer los jeroglíficos, pensaron que los tres registros podrían contener el mismo texto en distintas lenguas, lo que demostró años más tarde Jean-François Champollion. No era un documento trilingüe, como se podría deducir por el uso de los tres sistemas de escritura, sino bilingüe, pues el texto egipcio estaba transcrito en dos sistemas de escritura distintos: el jeroglífico, o escritura capital, y el demótico, o escritura cursiva.



En la piedra de Rosetta se conservaron tres escrituras: la jeroglífica (arriba), la demótica (centro) y la griega (abajo). Las dos primeras son expresiones distintas del mismo idioma egipcio.

La campaña egipcia de Napoleón concluyó en 1801 con el Tratado de Alejandría. Lo firmó otro de sus generales, Kléber, que le había sucedido al mando de la expedición francesa cuando Bonaparte volvió inesperadamente a Francia después de una incursión fallida en Siria, con la que intentó repeler una inminente invasión turca. Significó, entre otras cosas, que la piedra de Rosetta quedara en manos de los ingleses; de ahí que hoy pueda verse en el British Museum. No obstante, se permitió que los sabios de la expedición llevaran consigo todo el material recopilado durante aquellos años de intenso y apasionado trabajo.

Desde el punto de vista militar y humano, la incursión en Egipto fue un absoluto fracaso: murió casi la mitad de los hombres que acompañaron al general en su sueño de grandeza. Pero desde un punto de vista científico y cultural, la expedición marcó el punto de inflexión en lo que se refería al conocimiento y estudio de Egipto en Europa, con la publicación, entre 1809 y 1828, de los 20 volúmenes de la *Description de l'Égypte*. Allí se reproducían tanto la vida en el Nilo a finales del siglo XVIII como buena parte de los monumentos faraónicos que habían perdurado hasta ese momento.

La *Description* se convirtió en una herramienta fundamental para los primeros estudios científicos sobre el antiguo Egipto en Occidente. La obra contiene, por ejemplo, copias de papiros

que luego pudieron ser descifrados por los especialistas sin dificultades, demostrando la exactitud con que habían trabajado los sabios de la campaña napoleónica, aun sin saber leerlos. También incluye reproducciones de templos o espacios donde el artista se alejó de la realidad, sustituyéndola por una visión ideal y mágica de Egipto que ha llegado hasta nuestros días. Ya en el siglo V antes de Cristo, cuando Herodoto escribió su *Historia*, el país del Nilo era visto como un lugar misterioso y fascinante, originando un tópico cultural que ha perdurado hasta hoy. La expedición de Napoleón, quizá influenciada por ese cliché, hizo renacer la pasión por la cultura de los faraones en Europa, generando el fenómeno de la egiptomanía. Todos los que estamos enfermos de ese mal se lo debemos, pues, a Napoleón, sus sabios y, en último término, a Champollion, quien culminó la tarea de sus compatriotas. ■



Egiptólogo y Licenciado en Filosofía y Letras, David Rull Ribó es profesor de Egiptología en la Universitat Autònoma de Barcelona, la Universitat Oberta de Catalunya y la fundación Aula Aegyptiaca. Ha escrito y publicado numerosos artículos y ponencias sobre el país de los faraones.